

HISTORIA

Biblia y traducción (48): «El número de los necios es infinito»

Por Juan Gabriel López Guix

«Los perversos con dificultad se corrigen, y el número de los necios es infinito». La segunda parte de este versículo (Eclesiastés 1: 15) constituye un curioso caso de «persistencia de la traducción». Convertida en adagio, gozó de enorme popularidad a lo largo de los siglos en el Occidente cristiano. En la actualidad, aunque se la sigue mencionando ocasionalmente como frase bíblica, lo cierto es que no está incluida en ninguna traducción contemporánea.

La frase apareció en el siglo V, en la Vulgata de Jerónimo («Stultorum infinitus est numerus»), que es el original que traducen Scío (la versión citada) y Torres Amat-Petisco, las primeras Biblias católicas en castellano, de amplia difusión en el siglo XIX. En las versiones posteriores, realizadas a partir de mediados del siglo XX y de las lenguas originales, el fragmento ofrece sin apenas variantes la literalidad del hebreo. Es lo que hace, por ejemplo, Cantera-Iglesias: «Lo torcido no puede enderezarse y lo que falta no se puede contar». Y es lo que hace también la Nova Vulgata, la revisión del texto jeronimiano encargada por el Concilio Vaticano II: «Quod est curvum, rectum fieri non potest; et, quod deficiens est, numerari non potest».

En realidad, la frase de Jerónimo parece proceder de Cicerón, quien en una de sus cartas escribió: «Stultorum sunt plena omnia», «Todo está lleno de necios» (*Ad familiares*, 9.22.4). Semejante genealogía no deja de resultar curiosa teniendo en cuenta un episodio contenido en una de las cartas jeronimianas más famosas, la *Carta a Eustoquio*. Jerónimo, apasionado lector de los grandes autores latinos, cuenta que en una ocasión, presa de la fiebre, se vio arrastrado en espíritu ante el tribunal divino, donde el Juez lo interrogó acerca de su condición. Ante la respuesta de que era cristiano, el Juez replicó (citando a Mateo 6:21): «Mientes, no eres cristiano, sino ciceroniano; porque en donde está tu tesoro, allí está también tu corazón», y lo mandó azotar. Jerónimo prometió entonces no volver a leer nunca más literatura pagana. La anécdota quizá podría servir para ilustrar un caso particular de «ansiedad de la influencia», una ansiedad pasada por el tamiz del cristianismo y donde el autor (en este caso, el traductor) es atormentado por haber cometido el pecado de no rebelarse contra su maestro, un dios literario ajeno. Lo cierto es que esa flaqueza, la traducción ciceroniana de Eclesiastés 1:15, se mantuvo en la Vulgata y luego en las versiones de Scío y Torres Amat-Petisco durante más de quince siglos hasta que fue «expurgada» del castellano en las biblias publicadas a partir de 1947 y del latín en la Nova Vulgata de 1979.

Quizá merezca la pena detenerse también en el versículo anterior, puesto que los dos juntos constituyen ejemplos de «traducciones» que sobrepasan los márgenes del marco habitual de la traducción entendida como operación interlingüística. Eclesiastés 1:14 resume parcialmente la filosofía del libro, y Cantera-Iglesias lo traduce así: «He visto todas las obras que se realizan bajo el sol, y he aquí que todo es vanidad y empeño vano». Una nota al pie menciona que, en «empeño vano», el hebreo dice literalmente «persecución de viento». Ese «afán de viento», uno de los motivos centrales del Eclesiastés, lleva a Cantera a citar en otra nota la *Epopéya de Gilgamesh* y lo que parece una fuente del texto bíblico: «En cuanto a la humanidad, sus días están contados y cuanto realizan no es sino viento». A pesar de que a primera vista pueda parecer sorprendente, la crítica ha detectado semejanzas entre el Eclesiastés y *Gilgamesh*. El *Poema de Gilgamesh* es también, en cierta forma, un texto sapiencial: a los protagonistas de las dos obras les obsesiona el sentido de la vida ante la muerte; una muerte que ambos, cada uno a su modo, aceptan o acaban aceptando.

En la Vulgata y las traducciones derivadas de ella, la carga cultural de alusión y resonancia de esos dos versículos (el 14 y el 15) remite a sendos pilares de nuestra cultura. La primera referencia la aporta el original: el *Poema de Gilgamesh* fue copiado y leído durante unos dos milenios y, antes de quedar enterrado en el olvido, llegó de algún modo a los autores bíblicos, quienes «tradujeron» a su marco conceptual cuanto juzgaron de interés en la obra. La segunda referencia la introduce el traductor, representante y transmisor de un paradigma literario y cultural: da la impresión, con esa traducción intralingüística (del latín al latín), de que Jerónimo no pudo sustraerse al influjo cegador de la expresión ciceroniana y prefirió el *mot juste* en detrimento de la «hebraica veritas», como guiándose ahí por esa regla de oro del periodismo amarillo que «traducida» convenientemente diría: «No dejes que el original te estropee una buena traducción». De modo curioso, la presencia más visible fue, hasta el descubrimiento y el desciframiento de las tablillas de la biblioteca de Asurbanipal a finales del siglo XIX, la introducida por el traductor, cuya traducción ocupó el lugar del original durante un milenio y medio y aún hoy, cual «miembro fantasma», se deja sentir.

[Ver todos los artículos de «Biblia y traducción»](#)